XXXIV

—¿Pero qué diablo será lo que quieren de mí esas gentes?—se preguntaba Begourde á la mañana siguiente, un poco antes de las diez, dirigiéndose con bastante ligereza hácia el número 131 de la rue Montmartre.—¿Por qué me van á ofrecer dinero? ¿Con qué pretexto van á convertirse en banqueros sensibles, y me van á conceder un crédito que todo el mundo me rehusa con una unanimidad que asombra? Por mas que diga este Sta-Pi, esto es muy inverosímil.... ¡qué original es ese tipo! Le voy á pedir que me sirva de modelo para un cuadro que podrá valerme muy bien un par de napoleones.

Así hubiera continuado Héctor por mucho tiempo en su monólogo, si la fuerza de las cosas no se lo hubieran interrumpido.

Habia llegado.

Nuestros lectores conocen ya la oficina de policia secreta particular, y los tenebrosos asuntos en que se ocupaban los asociados Roch y Fumel para explotar á Paris sin ningun escrú-

pulo, lo mismo que si fuese una mina de California. Esto por lo tanto nos dispensa entrar en detalles curiosos é interesantes, puestro que ya son conocidos.

Héctor subió al piso principal, y levantando el pestillo de la puerta, franqueó el umbral de un recibimiento espacioso y limpio, en el que cerca de una ventana habia un viejecillo copiando en una mesa interminables legajos con automática regularidad.

El viejecillo saludó con un movimiento de cabeza, y segun la costumbre de siempre preguntó:

—¿Deseais ver al señor Roch personalmente, ó á la agencia Roch y Fumel?

—Estos señores me han escrito colectivamente—respondió Héctor.

—¿Entonces es decir que teneis una carta?

—Una, dos, tres, seis, diez, no sé cuantas—dijo el jóven riéndose,—solo que con unas he encendido la pipa y he roto las otras.

El viejecillo pareció admirarse de esta manera de obrar tan poco respetuosa tratándose de la agencia, y preguntó:

—¿Teneis la bondad de decirme vuesrro nombre?

—Héctor Begourde.

El autómata abandonó su asiento, atravesó el recibimiento casi á saltos, y desapareció por

una puerta secreta, volviendo al cabo de un minuto y diciendo:

—Hay mucha gente en el salon de descanso, pero el Señor Roch os vá á recibir al momento; tened la bondad de seguirme.

Y por un pasillo interior condujo á Begourde hasta el gabinete del agente; el mobiliario era sério y de buen aspecto, todo de ébano y de terciopelo verde, digno de un abogado á la moda.

En un magnífico sillon y rodeado de papeles, estaba sentado el señor Roch trabajando en su mesa ministro, con aquel aire de importancia que era en él tan habitual.

El señor Roch era siempre el mismo, porque nunca se hacia viejo, y conservaba su buen aspecto de agente de cambio, y no habia tampoco decaido en su elegancia, tan coqueta como severa.

Sus largas patillas, aunque algo gríses, sentaban muy bien á su fisonomía redonda y fresca, que estaba siempre afeitada de una manera esmerada; sus ojos eran vivos, penetrantes, ayudados por unas gafas de oro.

El cuello de su camisa, vuelto como siempre, dejaba ver un cuello de fraile, y su negra levita, muy bien entallada, dejaba ver el chaleco blanco que á su vez permitia admirar una camisa de blancura sin igual, que no tenia jamás una arruga.

En el momento de entrar Héctor, el señor Roch se levantó las gafas hasta la frente, sonrió con aire de amabilidad, y saludando afectuosamente, le señaló una butaca puesta en un ángulo del gabinete para los clientes.

—Sois el señor Begourde, de profesion pintor; ¿no es verdad?.

—Sí, señor.

—Tomad asiento, querido señor, os lo suplico; tengo muchísimo gusto en conocerle. Las cosas que son mas difíciles de conseguir son las que mas se aprecian, y nosotros hemos realizado un gran trabajo en hacerle venir hasta aquí.

—¡Dios mio!—contestó Begourde un poco confuso,—yo no sabia que.....

—Lo comprendo perfectamente—interrumpió el señor Roch sonriendo,—nuestra calidad de hombres de negocios que se dedicaban á cobrar valores os inspiraba poca donfianza, y me apuesto cualquier cosa á que os imaginábais que se trataba de alguna reclamacion ó de apremiaros en nombre de algunos acreedores, puesto que teneis varios, aunque muy bien pudiera decirse que muchos. Los informes que tenemos acerca de vuestra persona, y que innegablemente pueden tenerse como exactos, de-

muestran que sois un artista de verdadero mérito, lleno de esperanzas para el porvenir, pero que cultiva las deudas con tan buen éxito como el pincel.

—¡Como! señor—dijo Héctor amostazándose.

—Tened presente—dijo con viveza el señor Roch—que yo no veo en esto ningun mal: lo mas natural del mundo es que le gusten á uno los placeres; no se puede pagar hoy, pues se pagará mas adelante, cuando sea posible; ¿tiene esto algo de particular? Ademas, es necesario que la juventud se distraiga; ¡es tan hermosa la juventud! yo tambien he sido jóven en otro tiempo y todavia me acuerdo de aquella primavera de la vida.... pero no es para esto para lo que la agencia Roch y Fumel se ha tomado la libertad de molestaros, y voy derecho al objeto: ¿sois efectivamente Héctor Estanislao Dionisio Begourde?

—Sí, señor.

—¿Hijo legítimo de Juan Dionisio Begourde, empleado que fué en la alcaldía del segundo distrito, y de la señora Ursula Leber, su esposa, de profesion encajera?

—Sí, señor.

—¿Habeis nacido el 10 de Octubre de 1850, en la calle de la Boule-Rouge, número 8?

—Sí, señor; os puedo traer mi partida de bautismo.

—No hace falta, la tengo aquí.

—¡Ah!—exclamó Begourde.

—Acompañada de otros dacumentos muy interesantes que os conciernen—continuó el señor Roch.—Aquí, en la agencia, teneis un gran legajo.

—Pero, en fin, sepamos por qué os ocupais tanto de mí.

—Por vuestro interés, señor, por vuestro interés.

—Y por el vuestro tambien, segun me figuro—dijo Héctor riéndose.

—Es verdad.... obrar de otra mauera sería necio, y ademas que todo trabajo merece un pago; ¿no pensais como yo?

—¡Ya lo creo! pero soy bastante curioso, y confieso ingénuamente que tengo ganas de saber de qué se trata.

—Es una curiosidad muy justa, y voy á satisfarcerle en el momento todo cuanto me sea posible. ¿Os sería agradable poseer un modesto capital que os produjese una renta suficiente para gozar de la vida y trabajar holgadamente?

—Me sería mucho mas agradable todavia que el capitál no fuese modesto, y que la renta que produjese me dispensára de trabajar poco ni mucho.

—Moderad vuestra ambicion, amigo mio; es necesario saber contentarse con poco.

– Como no espero nada absolutamente, estoy dispuesto á contentarme con lo que me den.... pero ¿de donde viene ese modesto capital?

—No vayamos muy de prisa—dijo entonces el agente, dejando aquel aire jovial que hasta entonces habia usado, entrando de lleno en el negocio,—ante todo es preciso que nos pongamos de acuerdo.

—Esto será muy fácil.

—Así lo creo; ya sabeis, mi querido señor, que soy un letrado que se ha puesto al frente de una agencia que pasa con razon por ser la mas importante y mas acreditada que hay en Paris. Los negocios ajenos son los nuestros, y una série de investigaciones que no es del caso mencionar han hecho que sea yo hoy el poseedor de un secreto que os interesa y de que me encuentre en situacion de poder proporcionaros una cantidad muy aceptable, con la cual no contábais, segun acabais de manifestarme, y que habria estado sin llegar á vuestsas manos á no ser por la agencia Roch y Fumel; ¿habeis comprendido?

—Sí, señor, he comprendido perfectamente; pero todo esto me hace el efecto de un cuento.

—La vida es una novela, querido señor—dijo en tono sentencioso el agente Roch; y despues continuó:—si nos ponemos de auerdo me encargaré de todos los pasos que haya que dar (y bien sabe Dios que serán muchos), adelantaré los gastos que sean necesarios, y para que no podais materialmente dudar de mi buena fé ni suponer que os tiendo un lazo, me obligaré como querais á no pediros ninguna indemnizacion por mis trabajos presentes y futuros hasta que hayais tomado el dinero de que se trata. ¿No encontrais que hay lealtad en mi ofrecimiento y que mi lenguaje es el de un hombre verdaderamente decente?

—Señor—contestó Begourde, viendo ya con el pensamiento como relucia el oro y amontonaba biletes de Banco,—os aseguro que me inspirais una ilimitada confianza.....

—Confianza que me honra, y de la cual soy acreedor; pero decidme ante todo de una manera clara y terminante, si estais dispuesto á remunerar de una manera razonable los pasos, adelantos, idas y venidas, consultas, pruebas judiciales, demandas, trabajos de muchas especies, útiles, necesarios é indispensables para llevar á término feliz el asunto de que he tenido la honra y el placer de hablaros.

—Señor—dijo Begourde,—no dudeis de mi gratitud, y creed que soy hombre generoso.

El asociado de Fumel movió la cabeza sonriéndose.

—¡Oh! estoy muy convencido de vuestras buenas intenciones—dijo,—pero tengo alguna experiencia, y sé que mas de un cliente que prometia á lo último montes y maravillas, escatimaba un céntimo tan pronto como tenia el dinero en el bolsillo y le llegaba el cuarto de hora de que nos habla Rabelais; á mí sin ir mas lejos, me cogieron alguna vez en otro tiempo, y he prometido evitarlo desde entonces; por lo tanto, creo que ante un negocio sério, y que en último resultado vá á redundar en vuestro beneficio, no estarian demas algunas garantías.

—¿Y qué garantía puedo prestaros si no poseo nada absolutamente? Por lo demas estoy á vuestra disposicion y podeis decirme lo que deseais.

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cual?

Una obligacion en forma, asegurándome una parte de la cantidad, cualquiera que esta sea, y que cobrais gracias á mi intervencion.

—Bueno, ¿cuanto quereis?

—El veinticinco por ciento.

Begourde se llenó de asombro.

—¡Veinticinco por ciento!—dijo,—¿es decir

que, si tuviese que tomar veinte mil francos, os corresponderian cinco mil?

—Positivamente.

—¡Eso es demasiado, es demasiado; vuestra exigencia es insensata!

—Yo por mi parte la encuentro mucho mas que razonable, puesto que pudiera haber pedido la mitad.

—Os ofrezco el diez por ciento.

—El veinticinco ó nada; ¿aceptais? sí ó nó.

—¡Nunca!

—Como gusteis, señor; únicamente me queda el sentimiento de haberle molestado inútilmente; si mudais de parecer, podeis venir á verme, pero os advierto que entonces será el treinta por ciento.

El señor Roch estrechó la mano de Begourde, sonriéndole y dando á entender con esto que, por su parte, habia terminado la conversacion.

Héctor dió algunos pasos hácia la puerta, y se volvió rascándose la oreja.

—La verdad es que me poneis un cuchillo al cuello.

—Mas razon tendríais en decir que quiero meteros dinero en el bolsillo.

—¡Pero esos escudos no los veo todavia!

—Eso quiere decir que, no poseyendo nada,

nada tendreis que darme; un veinticinco por ciento sobre cero no os arruinará.

—Y si me decidiese á hacerlo ¿tendria que esperar mucho tiempo para recibir el dinero?

—No creo que sea mucho, pero no puedo fijar un plazo.

—¿Y me podreis entre tanto adelantar alguna cosa?

—¡Ah! ¡ah! ¡Un anticipo!

—Sí.

—¿Es de absoluta nececidad?

—Lo es.

—Sois una persona á quien no hay medio de negar nada. Os haré un adelanto tan pronto como hayais firmado una obligacion; y como la cosa es muy eventual, creo que no me pedireis una cantidad de importancia.

—Dos mil francos—dijo Héctor algo asustado, porque le daba miedo una suma tan enorme.

—¡Hum! ¡hum! ¡Dos mil francos!

—Sí, dos mil francos.

El agente hizo como que reflexionaba y contestó.

—Me gusta terminar pronto los negocios, lo haré.

—¿Y me dareis el dinero en cnanto firme?

—En oro ó en billetes, como querais.

—¿Hoy mismo?

—En el momento.

—Redactad el acta, que voy á firmarla.

XXXV.

El señor Roch, antiguo abogado y uno de los directores de la agencia Roch y Fumel, se encontraba respecto de Héctor en la misma situacion en que pudiera estar un diestro jugador de *ecarté* que tuviera la seguridad de volver siempre el rey y tener triunfos bastantes para dar bola. Conócia perfectamente que Begourde no resistiria á la tentacion de un anticipo.

Se extendió por duplicado el contrato en papel timbrado.

—Ya estaba yo persuadido de que nos sería muy fácil ponernos de acuerdo—dijo el señor Roch con una pequeña sonrisa,—por lo tanto, y para no perder tiempo, tenia ya redactados los puntos principales, y os los voy á leer.

Pocas eran las cláusulas, pero eran muy claras y no dejaban ninguna duda que pudiera producir discucion en adelante.

—Ya veis lo muy fácil que es todo esto—